

VIMOS SU ESTRELLA (Mt 2,1-12)

¹ Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, ² diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo». ³ Al oírlo el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén. ⁴ Convocando a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo. ⁵ Ellos le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta: ⁶ *Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel*». ⁷ Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos precisó el tiempo de la aparición de la estrella. ⁸ Después, enviándolos a Belén, les dijo: «Vayan y averigüen cuidadosamente sobre ese niño; y cuando lo encuentren, avísenme, para ir también yo a adorarlo». ⁹ Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. ¹⁰ Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. ¹¹ Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. ¹² Y, avisados en sueños que no volvieran a Herodes, se retiraron a su país por otro camino.

Nunca la liturgia es ajena al contexto ni el contexto ajeno a la liturgia. Es más, por misterios de la Providencia, la liturgia siempre es pertinente en el tiempo y en el espacio al contexto, a la necesidad de los hombres, a las dificultades de la sociedad y a las vicisitudes de los pueblos. La liturgia, como la Palabra de Dios, se encarna en la historia de los hombres, pero toca a los hombres que la Palabra se encarna realmente en la sociedad y en el corazón de cada uno. Y si la Palabra se encarna, la Luz brilla en las tinieblas, en las tinieblas de nuestra efímera existencia.

En el Evangelio de hoy, la Buena noticia en la solemnidad de Epifanía del Señor, se mueven dos figuras antitéticas: por un lado Jerusalén, la capital y el centro del poder político y religioso; y por otro lado Belén, la menor entre todos los pueblos de Israel (6a). Por un lado Herodes, el rey judío, hombre despiadado y maniático del poder que gobernaba inamovible desde Jerusalén; y por otro lado, unos magos, reyes, que dejaron su tierra y su reino persiguiendo aquella estrella que apareció en sus vidas (2b). Por un lado, el anciano Herodes, rey judío, que a pesar de la vejez y de sus espantosas enfermedades seguía siendo un egoísta celosísimo de su reino y poder; y por otro lado, «el Rey de los judíos» un Niño, frágil e indefenso, que acababa de nacer en una gruta en Belén, y que yacía en el pesebre donde su madre lo había colocado (Lc 2,7).

Se sobresaltó

Normalmente, a pesar de la pobreza y la precariedad de cada situación, un recién nacido provoca alegría, gozo e ilusiones. Así fue como los famosos magos del Oriente lo experimentaron en su corazón. Herodes, en cambio – dice el texto – se *etarachthé*, se perturbó, se alborotó, se agitó como se agitan las aguas del mar. Y no solo él, junto con

él «toda Jerusalén» (3b). Herodes vivía en Jerusalén y Jerusalén no era sino el centro del poder político y religioso. La ciudad del antiguo sistema – podríamos decir – del sistema que en poco tiempo no quedó piedra sobre piedra porque así es la potencia de la Luz que surgió en Belén. El rey que nació en la perdida «Ciudad del Pan» renovó toda la ciudad desde sus cimientos más profundos.

Herodes representa además al sistema del poder humano, demasiado humano de todos los tiempos. Cinco días antes de su muerte, una agonía terrible fruto de una vida desastrosa, víctima de su propio egoísmo y de sus celos por el poder, hizo matar al último de sus hijos, Antípatro. Por este mismo motivo, mandó matar a más de diez familiares suyos. Pero aquel día, dice el Biblia, «llamó en secreto» (7a), para informarse en secreto (*lathra*), a los ingenuos reyes magos. Normalmente, como ha sucedido y como sucede, el que se encuentra o los que conviven en la esfera del poder se nutren de secretos, viven en la mentira, maquinan en la oscuridad. Los que son celosos del poder temen la luz, trabajan entre tinieblas y conjuran en la noche contra el prójimo. Sucedió así en Jerusalén, entre los políticos y, curiosamente, los religiosos de la época. Ahora se entiende entonces porqué Lucas dijo que «el rey Herodes» y «toda Jerusalén» se sobresaltaron, se agitaron, cuando se enteraron que nació el que estuvo destinado para ser Luz para los hombres, el que «brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron» (Jn 1,5). No debe sorprendernos, después de analizar este trasfondo, que después esta misma ciudad, donde se unieron el poder político y religioso antiguo, crucificaron a aquel que vino a traer la luz a los hombres.

Se llenaron de inmensa alegría

En la imaginación de los creyentes, la historia de los magos ha sido fuente de mucha inspiración. Al lado del funesto rey Herodes, los magos no solo gozan de simpatía, también nos interpelan en lo profundo de nuestro ser. La tradición popular los enumeró, identificó su lugar de proveniencia y el rol que ocupaba cada uno en su tierra, el color de su piel y el tamaño de la barba, los animales sobre los cuales vinieron desde Oriente y hasta descubrió el nombre de pila de cada uno. Nada de esto nos dijo Lucas, probablemente porque aprendió a juzgar como lo hizo el Señor, sin fijarse en las apariencias (Is 11,3; Mc 12,14). Pero Lucas sí se fijó en aquello que el Señor se fija, y en lo que curiosamente hoy pocos se fijan. El médico griego dijo que aquellos «se llenaron de inmensa alegría». Alegría que seguramente Herodes nunca experimentó a pesar que fue rey, ni él ni su familia. Mandó matar a sus cuñados, a su suegra, a su esposa, a su abuelo, a sus propios hijos y a tantos otros, como los niños inocentes, solo por nombrar algunos. Y todo eso por ambición exclusiva del poder. El que cae en la desgracia de la ambición, en todos sus matices, inconscientemente va matando a todos, empezando por su familia. Del mismo modo, el que no conoce la alegría profunda y sincera de aquellos magos, de los pastores de Belén, el Niño recién nacido va matando también con sus actitudes. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste una «inmensa alegría» en tu corazón? Dilo, para que Lucas lo registre.

Y la inmensa alegría no se adquiere en los supermercados abarrotados de dependencias que aumentaron por doquier en estos días navideños, tampoco en las habitaciones del poder que fueron noticia en estos días, ni mucho menos entre los muros de los palacios de dominio que la sociedad edificó o que tú edificaste incluso dentro de tu hogar... La «inmensa alegría» no es sino fruto de un esfuerzo de búsqueda. ¡Mira a los magos venidos de Oriente! No probaron inmensa alegría en sus palacios de origen, en medio de

sus comodidades o de su serena tranquilidad, menos aún al momento de salir... La «inmensa alegría» fue vivida por los magos solo al final de su búsqueda. Un día, cuando llegaron y «vieron la estrella» (10a). Y aquí tienes que estar atento. No vayas por el camino de los científicos y astrónomos o astrólogos, que en estos días del año abundan en cada esquina. Se hicieron todo tipo de cálculos astronómicos, se quiso identificar aquella famosa estrella con un cometa, tal vez el más grande de la galaxia, tal como aparecen encima de nuestros pesebres. Hay quien habló incluso de la luz de una supernova... Todo esto es de gente que no conoce la Biblia ni lee bien el texto sagrado. Repitamos lo que escribió Lucas: «Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría». La estrella no es un astro que gira en el espacio. ¡Es el Niño con su Madre! Es el otro, ¡el Otro que se presenta en tu vida! No andemos como esotéricos cósmicos interestelares que buscan un encuentro cercano. Para el cristiano la estrella es el otro, es una persona, es un Niño, es su Palabra que es «vida y la vida es la luz de los hombres» (Jn 1,5).